

Las palabras subrayadas en el texto son muy dudosas, pero de éstas sólo tienen importancia relativa el nombre del muerto, *Mohámad*, y el del abuelo ó tronco de la familia, *Imrán*: del nombre propio parece que se vislumbran los trazos, aunque ninguno se distingue: del nombre *عمران* son seguros los tres trazos ó letras últimas; la palabra *ورضى* de la cuarta línea, gráficamente pudiera mejor leerse *وركم* y habría que traducir *y no le regañe*, aprovechando una acepción del verbo *رکم* indicada por Dozy, pero la fórmula resultaría rara y no conocida.

La importancia de la inscripción resulta sólo paleográfica por tener fecha segura (la noche del domingo, 11 del mes rebia primero del año 391, de la hégira = 8 de Febrero de 1001).

Como lo más dudoso en la inscripción es el nombre propio, y sólo se citan dos de sus ascendientes, no es fácil encontrar noticias del tal personaje, que quizá resulte citado en los autores; le hemos bucado inútilmente entre los que tienen como tronco de la familia el nombre *عمران* Imrán, aunque encontramos en Abenpascual (biog. 353 y 545) dos tradicionistas de Toledo, muertos en los años 378 y 384, los cuales, siendo nieto el primero, y biznieto el segundo, de un *Imrán*, bien pudieran ser parientes del personaje á quien se refiere la inscripción.

Madrid, 7 de Febrero de 1913.

FRANCISCO CODERA.

---

#### IV

### MARQUÉS DE LEMA: ESTUDIOS HISTÓRICOS Y CRÍTICOS

#### PRIMERA SERIE (1)

Aunque mis incesantes trabajos, si alguna vez he de dar cima á la vasta empresa que he echado sobre mí, me den hoy muy reducido espacio para estudiar detenidamente los ajenos, declaro

---

(1) Un tomo en 4.º, impreso en Madrid, Estab. tip. de Jaimé Ratés. 1912.

que soy deudor á nuestro venerado Presidente de una satisfacción vivísima: la que me ha proporcionado la lectura de este libro del Señor Marqués de Lema, del que, por designación de aquél, me toca daros informe. Únenme á su distinguido autor lazos ya viejos de buena y sincera amistad, á más de la comunidad de las ideas, que es fortísimo lazo; cumplo, pues, mi comisión muy á placer, ya que todo lo que tengo que deciros es grato, aunque en nada de ello haya para vosotros cosa nueva.

De seguro que recordaréis el informe, como todos los suyos notable, con que nuestro docto amigo y compañero D. Ricardo Beltrán y Rózpide nos presentara no hace mucho el tomo I de la obra del Marqués de Lema, *Antecedentes políticos y diplomáticos de los sucesos de 1808*, publicado el año último. Y cuando prepara su autor el tomo II de tan importante publicación, en que la investigación afortunada y la crítica imparcial se dan constantemente la mano, aún ha encontrado su extrema diligencia el tiempo necesario para dar al público esta primera serie de sus *Estudios históricos y críticos*, que, si bien en su mayoría escritos antes, han sido depurados, corregidos y ampliados ahora, con nuevo trabajo y mayor detenimiento que los mejora y los realza. De todo, pues, podrían acusar al Marqués de Lema sus enemigos—si fuera posible que sujeto como es él los tuviera;—de todo, menos de perezoso.

Ocho son los estudios reunidos en el tomo de que he de daros cuenta, y de ellos, tres concernientes á las épocas interesantísimas que más parecen haber conseguido atraer y cautivar las predilecciones literarias de su autor: las que comprenden la vida nacional durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, que es como decir la conclusión de lo que se llama el régimen antiguo, con la larga, y varia, y lenta preparación de esa crisis y de ese cambio. Tienen tales momentos de nuestra Historia, y cada día más, muchos golosos, ávidos justamente de conocer, y de difundir luego, cuanto éstos encierran aún, aunque abiertas tantas fuentes nuevas y abundantes, de recóndito y de velado á nuestra vista; y entre todos ellos no hay duda de que se ha conquistado Lema muy alto y principal puesto.

Son esos tres estudios á que ahora especialmente me refiero, los que titula: *Bonaparte y una Infanta española, un proyecto olvidado de matrimonio, Un olvido del Príncipe de la Paz y Un proyecto inédito de testamento de Fernando VII*, de los cuales el segundo parece no haber sido hasta el presente impreso. No convencen á nuestro Marqués las afirmaciones que hace en sus conocidas Memorias el celebérrimo Privado, tanto como célebre discutido; y así sostiene aquél con varios argumentos, que merecen ser tenidos muy en cuenta, hasta qué punto fué seriamente acogida la idea de enlazarse en matrimonio Napoleón Bonaparte, no más que Primer Cónsul todavía, con la Hija menor de nuestros Reyes Carlos IV y María-Luisa; idea que él no cree que fuera solamente un sueño de Luciano, sino realidad tal, que hasta pudo llegar y llegó á los oídos de Madame de Rémusat, la discretísima dama de la después Corte Imperial. La Esfinge está silenciosa todavía sobre este interesante particular: la Historia guarda obstinada éste y otros muchos secretos, y hasta ahora no nos es posible penetrar por qué verdaderamente esos planes no pasaron de tales, y el Corso victorioso siguió atado á la estéril coyunda de la bella criolla, que él había de convertir en la Emperatriz Josefina, hasta romperla más tarde, contrayendo de nuevo lazos regios, que le consintieran llamarse puerilmente, él, el portentoso advenedizo, como marido de una Archiduquesa de Austria, *sobrino* de María-Antonieta y de Luis XVI.

Todo lo que con este motivo escribe el Marqués de Lema no puede ser más interesante, y hasta ameno, ya que cuanto se refiere al Dictador de Europa reviste los caracteres de una novela fantástica é inverosímil, que más parece se fraguara en alguna imaginación desordenada y calenturienta, que se viviera en la realidad de los hechos por un hombre de carne y hueso, aunque acaso, desde Carlos V acá, el primero de la Historia. Muévense en este episodio, presentados con colores adecuados y enérgicos, el Rey y la Reina, Godoy y Luciano Bonaparte, y el mismo Azara, y lo más cierto parece que el tal plan de boda fracasara, como juiciosamente apunta la Condesa de Rémusat, ó

por rescoldos, todavía vivos, del amor que sintiera Napoleón por la viuda de Beauharnais, ó por falta de valor en éste para enlazarse, á la vista de los republicanos y regicidas de su país, todavía no convertidos en Chambelanes del Emperador, con una Princesa de Borbón, descendiente de Luis XIV; ó por los dos motivos á la vez, como parece lo más probable. Alrededor de esto, por fuertes indicios más que por verdadera y absoluta prueba documental, ha formado el Marqués de Lema su primer trabajo donde luce su excelente criterio, como, no con mucho mayores claridades, lo ostenta asimismo en el segundo, destinado á patentizar con qué poca sinceridad se exculpaba el Duque de la Alcudia de haberse prestado formalmente al proyecto de matrimonio, no menos singular, entre el Príncipe de Asturias, más tarde Fernando VII, con la hija segunda del Infante D. Luis, nacida, como la esposa del Privado, del enlace morganático de aquel Príncipe con Doña María-Teresa Vallabriga; enlace á causa del cual se había publicado por Carlos III la famosa Pragmática del 23 de Marzo de 1776, castigando duramente, como el interés monárquico exigía, y siempre exige, los matrimonios desiguales. Viudo ya de la Princesa María-Antonia de Nápoles, y sin ninguna sucesión de ella, había que pensar forzosamente en dar nueva mujer al Monarca de mañana, cosa nada fácil en aquellos momentos confusos, y para todas las Familias Reales, á raíz de la Revolución francesa, y en pleno apogeo de Napoleón Bonaparte, asaz complicada y peligrosa. El Marqués de Lema trata de este otro pensamiento de boda Real, en más ó en menos firme, con grandísima severidad, atribuyéndole, como su probable consecuencia, el origen primero del proceso de El-Escorial, y con esto, del motín de Aranjuez y de la abdicación de Carlos IV, y de aquélla, para la fiereza castellana gran tristeza, de las humillantes solicitudes del que iba á ser Fernando VII, sucesor de los Reyes *Católicos*, de Carlos V y de Felipe II, pidiendo á Napoleón para esposa á una Señorita Buonaparte, como aún se decía entonces, que hubiera de compartir con él la Corona gloriosa de las Españas y de las Indias.

Todas estas cosas no se presentan todavía ante nuestra vista

curiosa con la claridad meridiana que es de esperar que alguna vez haya de ofrecerles la Historia; no obstante los esfuerzos generosos de nuestro infatigable compañero D. Juan Pérez de Guzmán, á quien todos admiramos siempre, aunque no siempre lo sigamos, estas tres figuras de Carlos IV, María-Luisa y D. Manuel de Godoy, no nos son tan en absoluto conocidas que podamos en conciencia pronunciar acerca de ellas la última y definitiva palabra. Yo confieso sinceramente que me siento casi ganado en favor de la Persona del buen Rey Carlos IV, ciertamente sin el carácter ni la capacidad necesarios para hacer frente á las circunstancias en que se vió envuelto, pero indudablemente también honrado y bondadoso, leal y abierto, bien intencionado, religioso, recto, amante de lo justo y hombre de bien, calificado por un crítico francés de *brave gentilhomme campagnard*, digno primo de Luis XVI, que es, á mi juicio, su mejor elogio. Bastara su nobilísima protesta en defensa del Jefe Augusto de su Familia, primero escarnecido y al fin guillotinado ante los ojos atónitos de la amedrentada Europa—ya entonces la misma Europa de todos los egoísmos de estos tiempos nuestros,—para que él mereciera mi vivo aplauso y calurosa simpatía. De la Reina María-Luisa y del Príncipe de la Paz—perdóneme el autor, aquí presente, de tantos y tan excelentes estudios que les conciernen,—no me encuentro hasta ahora en condiciones de pensar ni de decir concretamente cosa parecida. Que la Reina no fué una mujer insignificante ni vulgar, ni Godoy estaba desprovisto de talento ni de grandeza, hasta de los ataques enemigos se deduce muy claro: que ninguno estaba á la altura de aquel momento trascendental, á mi juicio, no parece deducirse menos claramente.

No es, á la verdad, más decidido y terminante el juicio que yo pueda tener respecto de la personalidad, poco discutida, pues casi no la ha defendido jamás nadie, del Rey D. Fernando VII, á quien está consagrado el tercero de los trabajos antedichos, *Un proyecto inédito de testamento*; éste redactado por D. Francisco-Tadeo Calomarde, conservado entre los papeles del célebre Ministro, y que de manos de un ilustre Prelado, D. Juan Comes y

Vidal, ya hoy fallecido, pasó afortunadamente á las de Lema. Reprodúcelo éste, acompañado de tan discretas consideraciones y precedentes oportunos, que arrojan no poca luz sobre el proceso del punto interesante de la abolición de la Ley Sálica en España, preñada de consecuencias para la vida inmediata de la Nación entera, y contribuyen á más echar por tierra la tesis que el partido carlista sostuvo y aún sostiene. Que el viejísimo, y jamás antes abandonado derecho español, á través de los siglos para la sucesión Real mantenido, y en virtud del cual pasamos los españoles por las diferentes Dinastías que todos sabemos, desde 1713 suplantado por la Ley francesa, gracias á Felipe V, que á la agnación debía su Corona, fuera el preferido de la misma Dinastía Borbónica, á medida que se iba acabando su españolización, y ya decididamente de Carlos IV, aunque padre de varios varones, de sobra se prueba por la Pragmática de 1789; que en Fernando VII, ya absolutamente español querámoslo ó no, no fueron solos el amor paternal y el natural ascendiente de la joven y seductora Reina, traída de Italia por *el Iris*, según los bellos versos de Campoamor, los que á estos caminos lo llevaron, sino que era idea en su pensamiento arraigada, cuando sus Augustas Hijas no habían nacido aún, esta curiosa minuta de testamento suyo lo deja patente.

No tienen ahora estos asuntos el interés candente de la actualidad política, que llevó á nuestros abuelos á una guerra civil empeñada y duradera—lejos como está ya el recuerdo del Infante-Pretendiente D. Carlos-María-Isidro—, pero siempre revisiten en grado eminente el interés histórico; y yo declaro que no me atrevería á emitir hoy una opinión rotunda sobre lo que verdaderamente demandaba á la sazón el interés patrio, puesta la mano sobre el corazón, en mi conciencia honrada de imparcial historiador y de amante apasionado de mi país. De todo lo que á estos asuntos atañe, lo que más claramente he deducido es que la empresa tentadora del estudio meditado, documentado y concienzudo que del último Rey absoluto de España echa de menos el Marqués de Lema, y echamos de menos todos, estudio que está á la verdad enteramente por hacer, nadie parece en mejores

condiciones para acometerla que él, ya que fuera para los más abrumador hacer la luz debida entre los prejuicios y los dicterios y las vulgaridades, amontonados, en efecto, sobre la personalidad histórica del Monarca *Deseado* por tres generaciones enconadas y parciales, como sus estudios de ahora le han consentido descubrir. El Marqués de Lema es joven y laborioso; que de esta indicación mía pueda acordarse alguna vez, y así merecerá bien de la Historia y de todos cuantos la cultivamos con el mismo entusiasmo que él. El espíritu culto y abierto del Señor Marqués de Borja, dignísimo actual Intendente de la Real Casa, reforzado por otra más alta iniciativa, digna de los mayores y más respetuosos elogios por nuestra parte, facilitaría esta utilísima tarea á quien tiene, como Lema, preparación bastante y tiempo delante de sí para emprenderla y realizarla, ya que estos *papeles reservados* han dejado de ser reservados, como los de todas las Familias Reales de Europa, empezando por los que se custodian en los archivos del mismo Vaticano.

---

De los otros *Estudios históricos y críticos* hay uno consagrado al último Gran Maestre español de la Orden Soberana de Malta, que fué el antepenúltimo de todos los de la Sacra Religión, como entonces se decía, ya que, después del D. Francisco Ximénez de Tejada, ilustre caballero navarro, sólo se pasa por Emmanuel de Rohan-Polduc para llegar al tristemente célebre Fernando de Hompesch, el alemán en cuyo desdichado magisterio pereció sin gloria la antes tan respetada, poderosa y por muchos conceptos esclarecida Milicia. Habíanla llenado durante largos siglos del prestigio de sus hechos caballeros valerosos procedentes de todos los pueblos de la Cristiandad, entre los cuales cupo siempre lugar preferentísimo á los naturales de estas tierras de España, cuyas más grandes Casas daban sus segundones á la *Ínclita Orden Veneranda*, orgullosos de lucir la blanca cruz, y la gobernaron como Maestres, antes que este Bailío y Prior de Navarra en la Lengua de Aragón, españoles tan insignes como Fernández de

Heredia, Redín, Homedes y Perellós, los dos Cotoner, y Despuig de clara memoria. Vuelve Lema por los fueros de la verdad en defensa del Gran Maestro D. Francisco, y vuelve con acierto, enfrente de los historiadores franceses, que, siendo tales, no es dudoso que habrían de tener acres censuras para todas las épocas en que no fueran franceses los investidos de aquella altísima Dignidad, singularizándose todavía, como suelen, nuestros caros vecinos y buenos amigos, cuando son españoles los que la llevan. De toda la vida de la Orden en aquel entonces trata este trabajo, donde la noble figura del anciano Maestro, de virtud reconocida y celo notorio, y tan excelente español como autorizado Jefe y Soberano de ella, tiene la buena memoria, que, como observa bien nuestro autor, le niegan del todo los escasos Diccionarios Biográficos con que contamos, tan pródigos con personajes de menor cuantía, siendo modernos ó siendo extranjeros.

También aparece entre los *Estudios* de que estoy con tan viva complacencia informándoos, el que en la obra *Jurisconsultos españoles*, publicada por la Academia de Jurisprudencia en 1911, consagró el Marqués á D. Joaquín Aguirre, Ministro que fué de Gracia y Justicia, Catedrático de la Universidad de Madrid y colaborador en el *Nuevo Febrero* con Goyena, á quien él considera como la acabada encarnación, en nuestra cultura jurídica, de todo el antiguo partido progresista, de sus tendencias, criterio y aspiraciones, ribeteadas de jansenistas y galicanas; repitiendo un tanto en este *elogio*, permítame que se lo diga, lo del palo famoso del poeta Camprodón, recordado por los versos aquellos, de cuya perfecta exactitud en este momento no respondo:

*Camprodón, me has dado un palo,  
con tu proceder ameno:  
yo te traje de hombre bueno  
y me has salido hombre malo.*

Ni de este trabajo, que Aguirre resucitado resumiría en los versos de Serra, ni del otro que consagra el Marqués al estudio de un *Boceto para el retrato del Infante D. Fernando de Austria*, que él titula, aduciendo largamente y con grandísima erudición



artística las muchas y buenas razones que para llamarlo así tiene, *Un cuadro de Velázquez*, he de decir una palabra más, porque necesito el espacio, de que aún podré disponer sin fatigaros en demasía, para hablaros algo de los dos restantes, más propios de nuestra incumbencia, dejando el primero para comentado por juristas y políticos, y al segundo en su propio terreno de las Bellas Artes, fronterizos uno y otro del nuestro, pero ciertamente ajenos.

Los dos de que todavía he de hablaros son el titulado *Macaulay-Cánovas*, y el que, cerrando el tomo, aparece por Lema consagrado al General O'Lawlor su deudo, como testigo de los importantes sucesos que en él se recuerdan: de uno y otro he de decir algo, á trueque de tener el sentimiento de cansaros, pero su mucho interés no consentiría un imperdonable silencio, por otra parte incompatible con el buen desempeño de mi grato cometido.

Es el primero de estos trabajos corto, pero substancioso; especie de composición de pie forzado, en la que, para el número extraordinario que había de publicar la Revista *Ateneo*, con motivo de las bodas Reales, celebradas felizmente entre un Rey español y una Princesa inglesa, habían de conmemorarse juntas dos glorias indiscutibles de uno y otro país; y él juntó acertado los dos nombres de Macaulay y de Cánovas. A tomar Lema otros caminos, y á haber juntado, por ejemplo, á nuestro Carlos V con su Enrique VIII, ó á nuestra primera Isabel con la única Isabel suya, ¿no os parece que tal vez no hubiera quedado muy alta nuestra clásica galantería sin mengua y desdoro de la más elemental justicia? El historiador sin par, que no desdeñó la política y fué Ministro importante en Inglaterra, y el político extraordinario que cultivó cuanto pudo la Historia, y fué Director insigne de ésta nuestra Academia, sí que van bien unidos. El autor de la grande *Historia de Inglaterra desde Jacobo II*, todavía aún más literato que historiador, con serlo en tamaño grado, más acaso á la manera de Michelet que á la de Taine, el pintor no igualado de la vida toda de las instituciones liberales de Inglaterra, tuvo tiempo para ser político y orador ilustre, como el extraordinario

político y orador nuestro, el gran primer Ministro de la Restauración española, tuvo tiempo para detenerse repetidamente en el campo de la Historia, y pensarla y escribirla como lo hizo, en contados pero magistrales libros. «¡Oh, y cuán pocos son, dentro ó fuera de esta Academia—decía él *ex abundantia cordis*, recibiendo en la Española á D. Manuel Silvela—, los que debieron á la fortuna suficientes favores, para no tener que apartar nunca la vista del delicioso campo de las letras!» Yo he leído no hace mucho, con orgullo legítimo para mi patriotismo insaciable, un trabajo del Conde de Haussonville, en que este ilustre pensador é historiador francés, miembro eminente de aquella Academia, colocaba entre los nombres de Bismarck y de Cavour, el de nuestro Cánovas del Castillo, calificándolos á los tres de verdaderos fundadores de pueblos, que llenaban de sus hechos las mejores páginas de la historia accidentada y revuelta del siglo xix. Merecer este juicio de pluma francesa tan autorizada, y encontrar momentos para poder dejarnos la *Historia de la decadencia de España*, y el *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, para escribir los maravillosos discursos, prólogos y artículos que todos conocéis, para ganar en buena lid la Presidencia de este nuestro Cuerpo, por tan insignes varones siempre desempeñada, bien justifican la elección afortunada del Marqués de Lema, que diserta con grade elevación sobre los puntos que unían á ambos, al español y al inglés, y los que los separaban, con una imparcialidad del más exquisito buen gusto, que le permite confesar «que no alcanzaron ellos por igual el mismo grado en cada una de las direcciones que adoptara su prodigiosa y fecunda actividad, pero reuniendo al par ese complejo y valioso conjunto de cualidades y aptitudes que les consintió brillar en tan distintos órdenes del movimiento intelectual de su época». Resume, por fin, con mucho acierto, y sin sombra de paradoja, la totalidad de su juicio, expresado todo él en forma más correcta y elocuente que en ninguno de sus otros trabajos, reconociendo en Macaulay al grande escritor británico más del Mediodía, y recordando en Cánovas al español de ahora que tiene acaso más condiciones y rasgos de los hombres del Norte.

Para concluir, porque con ello también termina el tomo, merece de mi parte una especial llamada á vuestro culto interés, para que no desdeñéis su lectura, como de cosas y sucesos, tan recientes ya, pero de tan alta importancia en nuestra historia contemporánea, el trabajo referente al General O'Lawlor, su tío, colocado por las circunstancias cerca de dos figuras de la vida española moderna, tales como el Duque de Tetuán y el de la Torre, de los que fué sucesivamente Ayudante de Campo, gozando de la mayor confianza y cariño, así de O'Donell como de Serrano; testigo, por tanto, de mayor excepción, al que yo mismo he conocido en mis apariciones más ó menos breves, de parlamentario sin vocación, por el Congreso ó el Senado. Tiene razón para lamentarse el Marqués de la escasísima afición que existe entre nosotros á escribir ó dejar *Memorias*, hoy en todas partes tan en boga, con exceso acaso entre nuestros más inmediatos vecinos, donde no ha habido francés que se estime, ni casi francesa, desde su gran Châteaubriand para acá, que haya olvidado el ir anotando, día por día y hora por hora, cuanto le pasara; de todos modos, útiles para ofrecer á la posteridad la parte íntima y la explicación verdadera de muchas cosas que la grande Historia no puede, por falta de tiempo, recoger ni ofrecernos. ¿Hay algo más útil, ni más ameno á un tiempo, que el delicioso libro del Marqués de Mendigorria, *Mis Memorias íntimas*, donde se hace la luz sobre una época tan interesante, y aunque cercana tan mal conocida, como la del paso del viejo régimen al nuevo, en que el General Córdova vivió y figuró tanto? Calcúlese lo que hubiera podido dejar escrito el Marqués de Alcañices, Duque de Sesto, de cuyos labios tantas veces oyó deleitado el que esto escribe mil noticias desconocidas de la etapa revolucionaria, de la emigración de nuestra Familia Real en aquella época, de la Restauración y sus Gobiernos. Calcúlese la enorme contribución que hubiera podido prestar á la Historia el General Martínez Campos, del que creo recordar que algo en efecto escribió, y la que representará lo escrito por nuestro Marqués de la Vega de Armijo, de quien sí estoy seguro de que lo hizo. No ha tenido hasta ahora, por desgracia, D. Fernando Fernández de Córdova nin-

gún imitador, y tampoco lo fué, dejándonos sus *Memorias*, el General O'Lawlor, que tanto había visto y oído, al lado del Duque de Tetuán primero, y del de la Torre luego, es decir, en los sitios en que por tantos años se elaboraba, como quien dice, la historia de España.

Pero el buen D. Fernando O'Lawlor, en la intimidad constante familiar, refirió muchas cosas, y las comentó y las explicó en el diario trato y comunicación á su propio sobrino, quien recoge algunas de ellas en este su artículo, y las relata á su vez galanamente, haciendo de paso de su caballeroso deudo digno y puntual retrato.

Todos los personajes de que en ese estudio se habla, de los que hemos conocido personalmente á la mayor parte, y cuyos nombres nos han sido familiares desde nuestros primeros pasos en la vida, van entrando ya en la Historia, produciéndonos un cierto gozo melancólico estas evocaciones, como la que hace Lema de aquellos dos hombres, en apariencia tan diferentes, pero en lo patriotas tan semejantes, de aquel medio irlandés tan español que se llamaba O'Donell, y de aquel andaluz tan andaluz que se dijo Narváez, que casi llenaron ambos de sus nombres y de su autoridad el reinado entero de Doña Isabel II; llamados más, á la vieja usanza castellana, D. Leopoldo y D. Ramón, y sin los cuales, enemigos y todo, el viejo Trono se vino estrepitosamente á tierra, entre sucesos más ó menos desdichados y lamentables, que van siendo también de la Historia. Y para los que hemos conocido y tratado al Marqués de Ahumada, el lucido y amable Oficial, compañero entrañable del severo O'Lawlor, y por tantos conceptos su contraste, que murió siendo Teniente General y después de desempeñar muy altos cargos de su brillante carrera, en la corta semblanza que de él traza se nos revela el de Lema pintor aventajado, de fácil y entonado pincel, digno de los mayores elogios, que gustoso le consagro ante vosotros.

Tal es, á grandes rasgos, la primera serie de los *Estudios Históricos y Críticos* de que el Señor Director de la Academia me encargó que os informara, por lo que no os sorprenderá que para resumir me limite á repetiros hoy las atinadas frases de ayer

del Sr. Beltrán y Rózpide, de que el Marqués de Lema «merece el parabién y la gratitud de cuantos rinden culto á los estudios históricos, y con los datos nuevos que constantemente aporta, con su exposición clara y razonada, con su espíritu sagaz de crítico y de investigador, presta señalados servicios á la Historia nacional, y merece de nuestra parte todo género de nobles y generosos estímulos». Esto os decía no hace mucho nuestro distinguido compañero; esto os digo yo hoy. Creed al Sr. Beltrán, aunque por tan amigo del Marqués de Lema, como al principio confesé que lo soy, no quisiérais creerme á mí.

Febrero, 1913.

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT.

## V

### LOS CLUNIACENSES EN CIUDAD RODRIGO

#### Año 1169.

Pedro el Venerable, IX abad de Cluny (años 1122-1158), y escritor celeberrimo, atestiguó en diferentes pasajes de sus obras lo mucho que favorecieron á su Congregación benedictina nuestros reyes Fernando I, Alfonso VI y Alfonso VII. Entre aquellas obras merece singular atención la intitulada *De miraculis*, á cuyo capítulo postrero del primer libro, su anotador, Andrés Duchesna, añadió por vía de ilustración una cédula, archivada en la grande abadía de Cluny que achacó á Fernando I (1), siendo así que pertenece á Fernando II.

Fué dirigida esta cédula por el Rey al Concejo de Ciudad Rodrigo, notificándole que había donado al gran monasterio de Cluny la iglesia realenga de Santa Águeda con todo su término y el señorío de la aldea de Sahelices el Chico, ordenando que se

(1) Migne, *Patrologia latina*, tomo CLXXXIX, col. 908. París, 1854.